

Esta diversidad de opiniones, esta amarga incoherencia en los juicios parece pues indicar que efectivamente y por más que nos duela, en los albores del siglo XX, la Arquitectura carece de ideal.

Viollet-le-Duc en un arranque generoso—como suyo—nos alienta recordándonos que la Arquitectura para ser grande debe expresar nuestras necesidades, nuestros gustos, nuestra civilización, y que jamás llegará á esta inmortalidad ambicionada, á esta belleza simbólica si no descubre el empleo racional de los materiales modernos; el fierro, el acero, el betón, el ladrillo vitrificado y los esmaltes, y, como consecuencia, su enlace armonioso con los materiales tradicionales, la piedra, el granito, el mármol, la madera. Es decir, que el secreto para encaminar la realización de este propósito, será obtener de los mismos materiales modernos de construcción, el secreto para formar nuevas combinaciones de tintas, de colores y de formas. Que sólo así resucitará el arte arquitectónico, porque el arquitecto debe ser antes que nada constructor, para inmortalizarse definitivamente como artista.

El Arquitecto, pues, para llegar á la meta de esta noble ambición, necesita materializar con vigoroso simbolismo el carácter actual de nuestra civilización y esto sólo puede conseguirlo penetrándose del principio exclusivo y peculiar que se desprende de sus recursos constructivos.

El arte romano no obstante su estructura concreta y sus tendencias higiénicas; el arte vizantino al crear las bóvedas con pechinas, el Renacimiento al